



LOS ADJETIVOS EN TAREAS DE EVALUACIÓN PSICOLÓGICA: PROPIEDADES Y VALOR ESTIMULAR

A. ÁVILA ESPADA

Universidad Complutense de Madrid

A. GIMÉNEZ DE LA PEÑA

Universidad de Málaga

Resumen

En este trabajo se revisan las bases y los problemas teóricos y metodológicos de la utilización de adjetivos como estímulos en tareas de Evaluación Psicológica. Se consideran las implicaciones que desde la Psicolingüística, la Semántica y la Psicología Cognitiva se dan en la adquisición, procesamiento y utilización de adjetivos tanto para la autodescripción de estados subjetivos como para la descripción interpersonal. Se revisan, asimismo, los principales correlatos psicofisiológicos del procesamiento de adjetivos.

Abstract

This paper is a revision of the conceptual basis, theoretical and methodological problems of using adjectives as stimulus in psychological assessment tasks. Contributions from Psycholinguistics, Semantics and Cognitive Psychology to acquisition, processing and adjective use, either in self-description of subjective state or in interpersonal description have been also considered.

Introducción

En este trabajo nos vamos a ocupar de revisar las propiedades de una clase particular de estímulos: los adjetivos. En las diferentes tareas verbales que se utilizan en Evaluación Psicológica, los adjetivos están desempeñando un papel de creciente importancia. Aunque el modelo de referencia obligada lo constituyan las «Listas de Adjetivos», éstas representan sólo una pequeña parte de la vasta utilización que se hace de ellos en tareas de evaluación de complejidad muy variada. En la primera parte de este trabajo revisaremos algunas de las aportaciones más relevantes efectuadas desde la Lingüística, la Psicología Cognitiva (Procesamiento de la Información) y correlatos psicofisiológicos, en un intento de contribuir a la clarificación de los aspectos necesarios para definir la *validez conceptual*, ventajas y limitaciones de la utilización de adjetivos en tareas de Evaluación Psicológica. En una segunda parte (publicada separadamente) desarrollamos las aplicaciones evaluativas y características psicométricas de las tareas de evaluación que utilizan preferentemente adjetivos como estímulos.

Propiedades de los adjetivos: Aspectos psicolingüísticos y cognitivos

Al referirnos al papel del adjetivo como estímulo en una tarea de atribución de características a objetos o personas, hemos de situarlo dentro del contexto teórico que la Psicología Cognitiva y la Psicolingüística aportan al análisis de aspectos tales como la adquisición de los adjetivos en el desarrollo del lenguaje; procesos de categorización de objetos y personas; papel específico de los adjetivos en tal proceso de categorización. Intentaremos en lo que sigue una breve aproximación a las principales teorías y modelos que tienen relevancia directa para delimitar las propiedades de los adjetivos.

A) Teorías y modelos

Las teorías de formación de conceptos centran su atención en la relación existente entre un rótulo lingüístico y la estructura cognitiva subyacente a que

hace referencia. El concepto contiene información de los rasgos comunes a una clase de objetos o situaciones.

Existe amplia investigación interesada en conocer qué es lo que un sujeto tiene en su mente cuando adquiere un concepto, cuál es la estructura representacional y mediante qué mecanismos se recupera de la memoria (Miller y Johnson-Laird, 1976; MacNamara y Sternberg, 1983; Medin y Smith, 1984, y en una dirección distinta a Rey, 1983). El objeto percibido se descompone en n rasgos. Los rasgos comunes a otros objetos permiten agruparlos en clases, mientras que los específicos marcan los límites de cada una de ellas. Este proceso facilita el manejo de información, pues permite percibir un universo uniforme y contribuye a la economía cognitiva (Rosch y col., 1976; Soto, 1981).

Los años transcurridos desde los primeros trabajos han permitido la aparición de estudios de validación y revisión, que han frenado el entusiasmo inicial contribuyendo a un cierto escepticismo debido a que ningún modelo se ajusta completamente a la realidad. Si bien todos los modelos tienen alguna aplicación, pierden validez empírica al ser contrastados con lo que hacen los sujetos cuando en la vida diaria clasifican objetos, situaciones y personas, forman conceptos o denominan objetos en función de su similitud con otros ejemplares familiares para ellos.

Las versiones más criticadas han sido la concepción clásica y la probabilística. La primera porque, al suponer que los conceptos se definen por un número fijo y suficiente de rasgos, no puede ser aplicada a conceptos naturales, caracterizados precisamente por la borrosidad de sus límites (Rosch, 1976; Medin y Smith, 1984; Malt y Smith, 1984). Estas objeciones sobre la vaguedad definitoria de las categorías ha conducido a modelos probabilísticos que predicen la pertenencia a una categoría en función de la probabilidad discriminativa de los rasgos de un objeto, situación o suceso (Medin y Smith, 1984). La versión probabilística, por su parte, adolece de especificidad en cuanto a los valores ponderados atribuidos a los rasgos que caracterizan a un concepto. Según los modelos probabilísticos, los rasgos se dividen en definitorios (aquellos que aseguran con alta probabilidad la pertenencia a la categoría) y característicos (particulares de un número más reducido de elementos, posibles dentro de la categoría, pero no decisivos para su clasificación). De esta forma, los miembros de una categoría se distribuyen en función de sus rasgos: en torno a aquellos miembros en los que predominan los rasgos definitorios sobre los característicos (Medin y Smith, 1984). El problema reside en que la vaguedad sustituye a la excesiva restricción del modelo clásico. La pertenencia a una categoría queda definida por la suma ponderada de los rasgos de un objeto, lo cual le sitúa en una posición relativa a los otros miembros de su categoría. Sin embargo, este modelo no predice ni los límites del valor probable exigido a un objeto para ser categorizado, ni explica cómo se reconoce el valor de cada rasgo, ni da cuenta de las correlaciones de rasgos que se dan en las categorías naturales (Malt

y Smith, 1984; Farah y Kosslyn, 1982). Es decir, parte del criterio que conlleva a la decisión y adquisición de una categoría incluye correlaciones probables de rasgos y del contexto en que éstos aparecen.

En la revisión de MacNamara y Sternberg (1983) se concluye que los modelos mixtos, es decir, los que predicen la respuesta como resultado de rasgos definitorios más la suma ponderada de los rasgos característicos, explican mejor las respuestas que los modelos clásicos o probabilísticos, pues predicen tanto las respuestas positivas como las negativas, al tenerse en cuenta los rasgos particulares (característicos) de cada elemento. Por otra parte, Smith, Medin y colaboradores (1984), consideran que ningún modelo responde adecuadamente al proceso de categorización. Sugieren que, dado que todos los conceptos naturales tienen límites imprecisos y que, al menos, existe un significado nuclear compuesto de rasgos definitorios (necesarios y suficientes) los individuos utilizarían un modelo clásico para el significado nuclear y para aquellos conceptos que se ajustan a sus exigencias.

El análisis de las respuestas de los sujetos apunta a una representación con límites borrosos, en la que se pueden establecer grados de representatividad de los elementos. No obstante, el hecho de que sea un proceso común, incluso con categorías de límites bien definidos, puede apuntar a una representación clásica del núcleo de la categoría, en el que se incluyen atributos suficientes y necesarios, mientras que los límites son definidos por un grado de familiaridad con el prototipo. Esta afirmación se ajusta a los resultados de Armstrong y colaboradores (1983), en el que se utilizaron números como categorías a evaluar en términos de prototipicidad. Los sujetos no sólo eran capaces de establecer grados de familiaridad, sino que también coincidían en nombrar el número «7» como más representativo de la categoría.

El defecto de estos modelos es que, si bien describen qué es lo que un artículo provoca como respuesta en la mayoría de los sujetos, son poco explicativos para describir cómo se estructura y utiliza dicha información. Es decir, se sabe qué atributos se utilizan para describir una categoría, no qué datos toma para aprender el concepto o para reconocerlo. En el caso de roles sociales, se describen los rasgos característicos de las personas que los desempeñan, no cuáles son las cualidades críticas que los definen (Armstrong y col., 1983; Rey, 1983).

B) Rasgos versus prototipos

¿Cuál es, entonces, el núcleo del significado de una categoría? Se han ofrecido dos soluciones tentativas que hacen referencia al grado de representatividad (prototipos) la primera, y al grado de inclusividad (niveles de abstracción) en función de los rasgos que puede presentar una categoría la segunda, o en términos de Rosch (1978), a las dimensiones horizontal y vertical, respectivamente. Las teorías que defienden el uso de prototipos para formar y reconocer categorías suponen que éstas se definen

por los casos claros y no por sus límites. Los individuos retienen una imagen ideal o prototípica de la categoría. Esta imagen puede ser ejemplarizada por elementos de la categoría. Estos elementos prototípicos son aquellos que comparten mayor número de rasgos con sus congéneres, pero menos con los miembros de otras categorías. Así, pensar en una categoría supone evocar alguno de sus miembros más típicos con los cuales se comparan nuevas instancias (Rosch, 1975, 1976; Medin y Smith, 1984; MacNamara y Sternberg, 1983).

Los objetos concretos se corresponden con el nivel básico y suelen ser denominados por un sustantivo de uso frecuente en la lengua. La familiaridad con el objeto y la frecuencia de uso en el lenguaje cotidiano predicen tanto la velocidad de adquisición como la representatividad en cuanto miembro de la categoría. La manzana es un ejemplo muy típico de fruta en países europeos, no en países donde existen frutos más frecuentes, aunque pueda ser fácilmente adquirida (Rosch, 1976; Soto, 1981; Malt y Smith, 1984). Este modelo señala cómo la propia naturaleza gradúa la aparición de rasgos ofreciendo ejemplares cuya configuración de rasgos no es aleatoria, sino que existe una coherencia interna a la categoría. Los rasgos se distribuyen a lo largo de la categoría de forma estable y congruente (Rosch, 1976; Soto, 1981; Malt y Smith, 1984).

De alguna manera el concepto lleva implícita información espacial que reúne datos referentes a la configuración y correlación de rasgos. Un rostro no se distingue sólo por tener ojos, boca, nariz, etc., sino porque todos estos rasgos tienen una distribución uniforme en todos los miembros de la categoría. Esto hace referencia a algún tipo de información icónica (Rosch, 1976) que puede ser fijada por el prototipo y que explicaría la facilitación de tareas con estimulación visual (Rosch, 1975, 1976). La estructura cognitiva registra algún tipo de patrón espacial activado por imágenes. De hecho, los primeros aprendizajes se relacionan con objetos concretos, con cualidades perceptibles y observables que forman parte de la realidad cotidiana. Las cualidades que se refieren a relaciones no observables se aprenden con posterioridad. Por ejemplo, la categoría «madre» se define por las cualidades del único elemento conocido de la clase. Los rasgos particulares de este elemento se toman como definitorios. Sólo se incluye información definitoria a un nivel superior de aprendizaje (Amstrong y col., 1983).

Sin embargo, sólo puede asegurarse que las descripciones de los sujetos hacen referencia a alguno de los rasgos que forman parte del concepto. Sirven como definición descriptiva de la categoría, pero no son suficientes por sí mismos para reconocer los elementos que incluye (Miller y Johnson-Laird, 1976).

El modelo que mejor se ajusta a los datos presentados por las investigaciones sobre reconocimiento de categorías consta de dos estadios: en el primero se compara la nueva instancia con los rasgos más salientes del concepto y sólo después se recurre a otro tipo de información menos evidente, más espe-

cífica, ya que sólo es aplicable a algunos ejemplares de la categoría o que debido a su mayor nivel de inclusividad conecta con categorías de mayor nivel de abstracción. Es decir, supone que los sujetos hacen una comparación primero con los rasgos superficiales o los rasgos directamente observables y después recurren al resto de la información que sobre el objeto, persona o situación se recoge en el concepto (Rosch, 1976; Flores d'Arcais y Schreuder, 1987). Esto explicaría el aumento de la latencia a medida que el ejemplo presentado se distancia del prototipo o carece de los rasgos más típicos en los miembros de una clase.

C) Categorías de personas

El modelo de categorización semántica de objetos concretos (Rosch, 1977, 1978) aplicado al área de categorización de personas por Cantor y Mischel (1979a) y por Hampson (1982), del que contamos con trabajos de investigación cercanos (Pascual, 1984; Belloch y Mira, 1984; Peraita, 1985) puede entenderse como una aproximación valiosa para delimitar un marco teórico para las principales dimensiones-rasgos medidos por las listas de adjetivos.

Existen diferencias importantes entre personas y objetos en cuanto a complejidad, estabilidad de características, etc. Los objetos pueden describirse mediante dos grandes bloques de atributos: perceptivos y funcionales, la mayoría de los cuales son estables en el tiempo. Por el contrario, las personas pueden ser descritas por un grupo más amplio de características, de las cuales la mayoría varían con el tiempo, las circunstancias y obedecen a conversaciones sociales (Dalhgren, 1985; Cantor y Mischel, 1979b).

Los estudios sobre categorización de personas asumen un modelo constructivo de la personalidad. La autoimagen y la de los demás depende de cómo se organiza y estructura la información perceptiva, situacional, etc. Al mismo tiempo, las categorías sirven como pautas de acción en situaciones interpersonales y para tomar decisiones (Hampson, 1982; Cantor y col., 1982; Niedenthal y col., 1985). Los lenguajes naturales proporcionan vocablos para referirse a tipos o rasgos de personalidad que indican cómo se construyen teorías «cotidianas» acerca de las personas a quienes tratamos y de nosotros mismos (Cantor y Mischel, 1979b; Hampson, 1982, 1985; Semin y Chassein, 1985). De forma similar a los *técnicos* de la personalidad, los individuos en su vida cotidiana tratan de seleccionar los rasgos más discriminativos para predecir con un mínimo de tiempo y esfuerzo la conducta de una persona, la forma de interactuar con ella, cuál es la forma adecuada para comportarse en una determinada situación, etcétera.

Aunque esto significa, en algunas ocasiones, pérdidas de información, es una forma de seleccionar y reducir la experiencia informativa a un conjunto de rasgos manejables y predictores (Cantor y Mischel, 1979a; Hampson, 1982; Buss y Craik, 1981).

Si bien las investigaciones realizadas concuerdan en que personas y objetos son distribuidos en categorías, en diferentes grados de inclusividad (Cantor y Mischel, 1979a; Hampson, 1982; Hampson y col., 1986; Dalhgren, 1985), que se ciernen en torno a un prototipo (Hampson y col., 1986; Berninger y De Soto, 1985; Peraita, 1985; Belloch y Mira, 1984), se utilizan para autoevaluarse y evaluar a los demás (Wyer y Martin, 1986; Niedenthal y col., 1985).

Se han tomado diferentes unidades como categorías. Cantor y Mischel (1979a) han utilizado tipos como categorías, mientras que Hampson (1982) considera que los rasgos son las unidades mínimas. Utilizando tipos como estímulo Cantor y Mischel (1979a) pidieron a los sujetos que clasificaran tarjetas que correspondiesen a cuatro categorías, para los tres niveles de abstracción (supraordinado, básico y subordinado). Las cuatro categorías supraordinadas eran las siguientes: persona introvertida; persona culta, persona comprometida (con una idea o causa) y persona emocionalmente inestable. Después se les pidió describir cada una de las categorías.

Los resultados indican un número mayor de descriptores a nivel básico: estabilidad descriptiva intersujetos, acuerdo en los niveles de inclusividad. Las características que proporcionaban los sujetos se referían tanto a rasgos físicos, características psicológicas y conductuales. En un trabajo posterior (Cantor y col., 1982) investigan sobre situaciones que confirman la hipótesis de que ciertas personas son más tendentes a realizar un tipo de conducta y a implicarse en cierto tipo de situaciones. Los individuos utilizan este tipo de información en forma de expectativas. Uno de los hallazgos indica que los sujetos puntuaban más alto en la categoría de aquellos individuos que manifestaban el tipo de conducta superada en situaciones no prototípicas, y más bajo a los que mostraban una conducta incongruente con lo esperado. Wyer y Martin (1986) comprobaron que la variable congruencia influye en el recuerdo.

El prototipo es bastante útil para manejar categorías de personas, pues los criterios definitorios son complejos e imprecisos. Las características de un sujeto, aun siendo más o menos estables, sufren variaciones de grado según que la situación los favorezca. Lo cual quiere decir que existen situaciones que aumentan la saliencia perceptiva de ciertos rasgos y, por tanto, forman parte del esquema anticipatorio que se elabora (Cantor y Mischel, 1979a; Buss y Craik, 1981; Hampson, 1982).

Una de las características de las categorías a nivel básico es que se corresponden con términos simples, características que no cumplen las categorías del modelo de Cantor y Mischel. Hampson (1982) propone el uso de rasgos como categorías básicas porque tienen un campo semántico más preciso, son más manejables y constituyen tendencias estables de conducta. Por otra parte, son «constructos hipotéticos inferidos» que han venido utilizándose en Psicología. Para verificar su hipótesis utilizó rasgos como estímulos en una tarea de distribución, descripción y evaluación de categorías. Tanto la dis-

tribución taxonómica, como la diferencia de niveles de inclusividad y uso de prototipos se confirman para los rasgos de personalidad. Además, los sujetos ofrecieron información de características psicológicas, físicas y conductuales que identifican a las personas que pueden ser descritas con un rasgo determinado (Hampson, 1982; Hampson y col., 1986). El nivel básico tiene un nivel descriptivo mayor y está relacionado con la facilidad con que los sujetos pueden representárselo en su imaginación (Hampson, 1982). Utilizando la técnica de la «asimetría lingüística» (Lakoff, 1973) confirma la diferencia en el grado de amplitud de los rasgos y las relaciones asimétricas entre ellos (p. ej., «ser ingenioso es una forma de ser inteligente» es significativamente más aceptado que su inverso).

Se han realizado otras investigaciones en las que se trataba de observar el conocimiento social (Dalhgren, 1985; Peraita, 1985). En ambos casos se encontró que los sujetos son capaces de describir y clasificar a otras personas por el *estatus* o rol social; esta distribución tiene estabilidad intersujetos. La valoración de una persona se ve afectada por el lugar social que ocupa y por el valor afectivo (connotativo) que se atribuye al grupo de referencia (Wyer y Martin, 1986; Dalhgren, 1985; Noseworthy y Lott, 1984).

En tareas de recuerdo, selección de características, evaluación, etc., el comportamiento de los sujetos está guiado por ideas prototípicas de la situación, que incluye a las personas implicadas y sus rasgos más característicos. Las expectativas que se generan facilitan la selección adecuada de la información, se utilizan para agrupar los datos y determinan la toma de decisión.

Aplicando los resultados al uso de las listas de adjetivos, se debe tener en cuenta que los individuos, para seleccionar rasgos descriptores, manejan información prototípica general a la que tratarán de adecuar sus respuestas. El rendimiento está en función de la descriptibilidad e imaginabilidad del rasgo utilizado, que a su vez se relacionan con su concreción y familiaridad (Hampson y col., 1986; Semin y Chassein, 1985; Niedenthal y col., 1985; Rosch, 1978).

D) Adjetivos

En el lenguaje natural, las categorías de objetos y personas se denominan mediante sustantivos. Los adjetivos se refieren a los atributos de los elementos de una categoría dada: a abstracciones de las cualidades comunes *versus* particulares de los elementos de dicha categoría.

Papel de los adjetivos en relación con los conceptos y las categorías naturales

Precisemos más el papel de los adjetivos desde la perspectiva de la Psicolingüística. Funcionalmente,

los adjetivos sirven de señales que restringen el significado del sustantivo al que califican (Nelson, 1976; Leech, 1974). A diferencia de los sustantivos que denominan objetos, que contienen múltiples características, los adjetivos expresan un estado o cualidad por lo que poseen un campo semántico más estructurado y uniforme (French, 1982; Leech, 1974). Para estos autores, las palabras, al interpretarlas, se descomponen en unidades mínimas de significado que contienen información semántica, así como sintáctica, lo cual permite expectativas léxicas que favorecen la respuesta en tareas de rellenado (Lakoff, 1973) y agilizan la comprensión por la relación de los rasgos que vinculan el significado de una proposición (Bierwisch, 1970). En gran medida, la interpretación está gobernada por el contexto, canalizada por los rasgos que preceden la presentación de un término. Aunque los adjetivos tienen estructuras semánticas relativamente estables, el sentido que se les da dentro de la oración no es independiente del contexto en el que aparecen. El significado de los adjetivos mantiene una relación funcional con el contexto en que aparecen, de forma que no sería correcto hablar de estabilidad de significado, sino más bien de un área dentro de la cual se pueden establecer varias relaciones semánticas lícitas. No es lo mismo aplicar el término «seco» para un clima que para una persona, en cuyo caso el significado está matizado por el contenido semántico del sustantivo al que se refiere. Ni decir de alguien que es «un hombre grande» es equivalente a decir que es «un gran hombre». El orden marca la diferencia entre el significado denotativo y el connotativo, es decir, resalta aspectos afectivos o evaluativos particulares de un contexto comunicativo.

Una tercera diferencia se refiere a la estabilidad o durabilidad de una característica. Esto es, la divergencia «estado-rasgo» introducida mediante el verbo. Por ejemplo, «ser triste» es una cualidad permanente, mientras que «estar triste» hace referencia a un estado presumiblemente pasajero.

Las barreras semánticas se reflejan en la estructura lingüística (Bierwisch, 1970) que preserva el orden y limita las variaciones sintácticas dentro de las cláusulas de las oraciones. Cuando sujetos bilingües, como los hablantes bilingües de español e inglés del estudio de Sobin (1984), cambian de código preservan el orden léxico dentro de la cláusula sintáctica del código con el que se inició la cláusula.

Adjetivos y marcadores lingüísticos

Otra característica propia de los adjetivos es su aspecto dimensional. Sigamos la revisión y conclusiones experimentales de P. French (1982) respecto a la comprensión y propiedades de los adjetivos, dentro de la perspectiva de la semántica componencial (Bierwisch, 1976; Katz y Fodor, 1963; Katz y Postal, 1964). Los adjetivos han evidenciado poseer una propiedad básica en el proceso de caracterización lingüística a través de componentes semánticos: la de funcionar como «marcas», «señales» o «calificaciones». A diferencia de los nombres y verbos, el

campo semántico de los adjetivos oposicionales (bipolares) aparece bastante estructurado, especialmente cuando se consideran en subconjuntos de pares de opuestos, constituidos por un adjetivo «marcado» y otro «no marcado», dentro de la misma dimensión. Así, el adjetivo «no marcado» puede ser utilizado para designar tanto la dimensión rasgo-estado como el «polo positivo», mientras que el marcado puede designar solamente el «polo negativo» e introduce una presuposición evaluativa. Veamos un ejemplo de esto: en la frase «¿cuán alegre estás hoy?», no se presupone necesariamente que la persona esté alegre o triste, mientras que en la frase «¿cuán triste estás hoy?» sí se define el estado (tristeza) y su contenido no es neutral respecto de la dimensión Alegría-Tristeza. El adjetivo «alegre» se refiere más a la dimensión, al continuo evaluativo, que a un polo determinado; es el adjetivo «no marcado». El adjetivo «triste» se refiere más específicamente a un polo de la dimensión (el negativo), es el adjetivo «marcado». Esto quedó claro desde la formulación psicolingüística de H. H. Clark (1969; 1970) y E. V. Clark (1973), quienes señalan que este *bit* extra de información, que debe ser especificado por el adjetivo «marcado», es llevado en *marcador negativo* e incrementa el peso cognitivo para procesar esta palabra. Según esto, el adjetivo marcado será más difícil de procesar.

Greenberg (1966) fue uno de los primeros en señalar la relevancia del «marcado» para la psicolingüística, señalando la mayor tendencia de una palabra *marcada* para elicitarse la *no marcada* que viceversa, aspecto que es consistente con la Teoría de la Marcación Lingüística, según la cual es cognitivamente más simple quitar una característica (negativa) de un código, ya en memoria inmediata, para obtener el término «no marcado», que introducir una nueva, no presente, para producir el marcado. Un ejemplo de esto lo tenemos en los problemas de serie de tres términos: «Pedro es mayor que Juan y Juan es mayor que Luis, ¿quién es el mayor?» Tal como señala H. Clark (1973), utilizando adjetivos *no marcados*, estos problemas son resueltos más deprisa y con más seguridad que si se utilizan adjetivos *marcados*. Puesto que la solución requiere que el sujeto descomponga las oraciones en proposiciones, a mayor número de componentes se aumenta el número de operaciones a realizar, hay mayor carga de MCP (Memoria a corto plazo) y, por tanto, resulta un incremento de dificultad.

La hipótesis de los Clark implica algunas propuestas predictivas respecto al uso, adquisición y comprensión de adjetivos dimensionales, que la hace sumamente interesante. Entendida la adquisición de adjetivos como un proceso de construcción de significado mediante la adición de componentes, se adquieren antes los términos más elementales. Es decir, en el léxico infantil los adjetivos *no marcados* preceden a la adquisición de los *marcados*. En segundo lugar, puesto que son menos complejos, los adjetivos *no marcados* facilitan la comprensión, mientras que el número de errores aumenta cuando se utilizan adjetivos *marcados* (Riviere, 1984).

Numerosos estudios evolutivos señalan que los adjetivos «no marcados» (y la dimensión de significado) aparecen antes que los «marcados». Los «no marcados» se aprenden antes, se verifican, recuerdan y razonan con mayor facilidad que sus «marcados» respectivos. Carey (1978) representa una postura opuesta, la de que el núcleo comparativo que está en la base de los adjetivos bipolares y, por tanto, la polaridad de los mismos se extiende por el niño desde los primeros momentos, siendo la dimensión que especifica el significado de cada uno de los pares de adjetivos lo que es realmente difícil para él. La controversia no queda zanjada y diversos estudios posteriores han ido bien corroborando, bien refutando las hipótesis de E. y H. Clark.

Existen, sin embargo, numerosas críticas a esta teoría. Una de ellas proviene de la evidencia de que el uso de adjetivos «no marcados» por los niños depende más de la frecuencia de uso de los primeros que de su complejidad semántica (Carey, 1982; Nelson, 1974). Por otra parte, la similitud entre adultos y niños al utilizar los términos negativos sirve de argumento en contra de la hipótesis componencial de la adquisición léxica, en apoyo de un modelo de procesamiento común a niños y adultos (Carey, 1982). Otras críticas (Riviere, 1984) hacen referencia a la excesiva linealidad del procesamiento lingüístico que supone el modelo de H. H. Clark (1970).

También se ha encontrado una distribución polar de los adjetivos aplicados a la descripción y evaluación de ambientes. Las dimensiones utilizadas recogen tanto los rasgos con que se describen las características físicas del ambiente, los aspectos evaluativos, como las reacciones afectivas que provocan en los sujetos que se encuentran en dichos ambientes (Corraliza, 1987). Esto sugiere que la información descriptiva de los adjetivos está en función de características contextuales globales y que la representación mental de personas y situaciones, ya que son entidades complejas, contiene información adquirida preceptivamente, aspectos emocionales y cualidades psicológicas experimentadas en dicha situación, así como las características probables inferidas de la suma de todas ellas.

Si los modelos que predicen comparación de rasgos implican dos variables esenciales: revisión de la relación semántica de los rasgos (rasgos definitorios *versus* característicos) y el número de rasgos como factores que determinan el tiempo utilizado en las decisiones semánticas; sin embargo, no dan cuenta de los resultados obtenidos en pruebas de decisión (Glass y Holyoak, 1975). El modelo representado por una red de marcadores establece: una distribución jerárquica (unos marcadores dominan a otros); con una dirección de la inclusión y tres tipos de relaciones: esencia (p. ej., es un extrovertido); capacidad (p. ej., puede relacionarse fácilmente); pertenencia (p. ej., tiene muchos amigos).

Este modelo explica el aumento de tiempo de reacción cuando la relación de pertenencia de una frase se expresa en orden inverso a la dirección de la red semántica. Por ejemplo: resulta más rápido

decidir que «todos los Relaciones Públicas son Extravertidos» que su inverso (Cantor y Mischel, 1979b; Glass y Holyoak, 1975; Hampson y col., 1986).

La perspectiva de Osgood

Para la Teoría del Significado Afectivo de Osgood y colaboradores (1975), se plantean las mismas cuestiones, ya que el adjetivo «no marcado» es asimismo el más afectivamente positivo de los dos (marcado y no marcado). Las *características afectivas* de Osgood son mediadores representacionales que están siendo continuamente codificados. Más aún, no hay *características formales* relacionadas con un uso gramatical de las palabras, sino que más bien son las *características empíricas* las que están relacionadas por la experiencia del mundo real del individuo, con la palabra y sus referentes. Hay que resaltar además la universalidad de las tres *características afectivas* descritas por Osgood (Evaluación, Potencia y Actividad), que han sido probadas en 33 grupos lingüístico-culturales, y es uno de los conceptos mejor establecidos en Psicología Transcultural.

¿Cuáles son las principales diferencias entre la Teoría del Significado Afectivo de Osgood y la Teoría de la Marcación Lingüística de E. y H. Clark y de Greenberg? Hay dos diferencias principales:

a) *Respecto del papel del contexto*: Las *características semánticas* son aspectos permanentes del uso de las palabras, mientras que los códigos de las *características afectivas* varían en función del contexto en el que aparece la palabra y la experiencia del individuo al respecto. Así, mientras las *características semánticas* proveen un código que es discreto, binario, permanente e idéntico a través de los individuos, los códigos de las *características afectivas* varían continuamente a través de los individuos y el contexto. Por ejemplo, un enfoque de características semánticas predecirá la misma facilitación del adjetivo «no marcado» en cualquier contexto, mientras que de acuerdo a la Teoría de Osgood esto sólo podrá predecirse en aquellos contextos en los que el adjetivo «no marcado» sea más afectivamente positivo. En los contextos donde el adjetivo «marcado» sea el más afectivamente positivo, el «no marcado» no será facilitado (French, 1979). Esto tiene importantes repercusiones para las listas de adjetivos que investigan dimensiones o estados de características negativas, y para aquellas de estructura bipolar. Más aún, cuando el valor afectivo de los adjetivos en un contexto dado, es usado para clasificar a los sujetos en grupos (p. ej., depresivos, ansiosos, etc.) aquellos para los que el adjetivo «no marcado» es más positivo, ordenan sus términos desde los «no marcados» a los «marcados», confirmando así la Teoría de la Marcación Lingüística, mientras que aquellos contextos para los que el adjetivo «marcado» es más positivo, ordenan sus tér-

minos de los «marcados» a los «no marcados», contradiciendo la Teoría de la Marcación Lingüística, y de acuerdo a la Teoría de Osgood. Esto tiene una clara incidencia en la investigación de las tendencias y estilos de respuesta a las listas de adjetivos.

b) *Respecto de la asimetría de los pares de adjetivos*: Una segunda diferencia entre las dos teorías es la interpretación que se da a los pares de adjetivos opuestos que no son «no marcado (NM)»-«marcado (M)» sino «marcado»-«marcado», es decir, para la simetría bidireccional, en la que el sentido de la asociación es igualmente fuerte en las dos direcciones (M-M). Para este supuesto, la Teoría del Marcado Lingüístico no predice asimetría entre los adjetivos, mientras que la de Osgood postula la misma asimetría que para los NM-M; así los adjetivos más afectivamente positivos serán facilitados, independientemente del marcado. French (1982) plantea dos experimentos para poner a prueba ambas teorías, utilizando pares de adjetivos NM-M y M-M. Sus resultados muestran que los adjetivos connotados positivamente de los pares M-M y los «no marcados» de los pares NM-M fueron ambos más aceptados que sus opuestos negativos, tal como predijo Osgood. Complementariamente, French evidenció que los adjetivos NM son más positivos en Potencia, Actividad, Intensidad, así como más estables en su significado afectivo a través de los diferentes sujetos. De esto se pueden derivar dos indicaciones para el diseño de listas de adjetivos:

1. Los adjetivos connotados afectivamente de manera positiva serán más adecuados para reflejar aspectos dimensionales y consistentes («rasgo») de los conceptos de los sujetos.
2. Los adjetivos connotados negativamente serán más adecuados para reflejar cambios situacionales o estados transitorios de los conceptos de los sujetos.

Aspectos evolutivos, educativos y problemas semánticos en el uso de adjetivos

Tres aspectos más van a ocupar nuestra atención acerca de las propiedades de los adjetivos: su nivel de adquisición, comprensión y lectura; su polisemia, y el problema de la distancia entre los adjetivos opuestos.

a) *Nivel de adquisición, comprensión y lectura de los adjetivos*: Es necesario contar con datos empíricos acerca del nivel de desarrollo lingüístico en el que se adquieren los distintos adjetivos. Esto es crucial, en cualquier caso, al diseñar y utilizar listas de adjetivos con niños y adolescentes. Incide, además, el nivel educativo y los denominados índices de comprensión lectora. Lubin (1967), para la DACL, utilizó los recuentos de Thorndike-Lorge (1944) para determinar el nivel de lectura de cada uno de los

adjetivos incluidos en las listas. Los grados medios de lectura para las siete listas quedaron comprendidos entre los niveles 4,0 y 5,5, siendo que en cada lista sólo había de 6 a 9 adjetivos que quedaban por encima del grado 8,0 de lectura, si bien esto no quiere decir que estos adjetivos no sean comprendidos por los adolescentes y adultos, además de las desiguales e idiosincráticas pautas de comprensión esperables para distintos adjetivos en diferentes contextos. Estos datos apuntan a un muy buen nivel medio de comprensión —lectura de las DACL originales. Sin embargo, no todas las listas de adjetivos han tenido en cuenta este requisito. Para la lengua castellana no contamos con ningún estudio actualizado sobre la frecuencia de uso de los adjetivos. En lo que respecta a la adquisición de las estructuras léxicas y semánticas, particularmente de los adjetivos, nos queda cercano el trabajo de Herminia Peraita (1983) sobre la adquisición de adjetivos dimensionales. Peraita puso a prueba las hipótesis de E. Clark (1973) y H. Clark (1970) y la de Carey (1978) respecto del orden de adquisición de cinco pares de adjetivos dimensionales (grande/pequeño; largo/corto y alto/bajo; grueso/delgado y ancho/estrecho), tanto en función de su complejidad semántica como en función de la hipótesis de la marcación lingüística. Sus resultados sugieren una adquisición casi simultánea de todos ellos y apoyan además la hipótesis de Carey ya que los niños de su muestra parecen conocer la dualidad polar de cada par de adjetivos dimensionales, tan pronto como cada uno de ellos entra a formar parte de su léxico.

Por su parte, Nelson (1976), más interesada por los aspectos funcionales del contenido semántico de los términos y preocupada por su papel en la adquisición del lenguaje, utilizando una muestra de niños entre 24 y 30 meses, encontró que el predominio de adjetivos atributivos o predicativos está en relación con el nivel lingüístico del niño y se corresponde con las estrategias que emplea para distinguir unos objetos de otros. Si las formas predicativas aparecen con anterioridad se debe a que los niños se hallan más interesados en los cambios perceptibles de los objetos. La función predicativa, que aparece a los dos años, más o menos, tiene estrecha relación con la construcción que el niño se hace del mundo. Por ejemplo, el uso de adjetivos dimensionales, según esta autora, avalaría una hipótesis intermedia entre la de Carey (el niño conoce la dimensionalidad del adjetivo) y la de los Clark (el niño aprende antes el término *no marcado*, desconoce la dimensión). Las marcas semánticas derivan del objeto y no del adjetivo en sí, por lo que están sujetos a diferencias en la frecuencia de uso. El adjetivo se aplica generalmente a los mismos objetos para designar un rasgo poco habitual en ellos: «pequeño» para los objetos grandes, y viceversa. Al utilizar el término, los niños señalan un cambio perceptivo en una dimensión, independientemente del valor dimensional del adjetivo empleado. El nivel cognitivo de los sujetos influye en el uso y comprensión de palabras y en su recuerdo. Los resultados del estu-

dio de Halpin y col. (1984) sobre recuerdo incidental orientado semánticamente, físicamente o mediante autorreferencia, prueban que la consigna sólo es facilitadora cuando se relaciona con el nivel operativo de los sujetos. El contexto semántico («¿es una palabra agradable?») facilitó el recuerdo de niños de 6 y 7 años. La autorreferencia sólo resultó facilitadora, con diferencias significativas, en niños de 10 años. Esto puede indicar que hasta esa edad los niños carecen de una autoimagen lo suficientemente definida como para mejorar el recuerdo, y, probablemente, para responder de forma estable a las listas de adjetivos. Nuestros propios estudios no han arrojado todavía resultados concluyentes en una u otra dirección.

b) *Polisemia de los adjetivos*: Considerados aisladamente, numerosos adjetivos están afectos de una acusada polisemia, cuestión lógica si se tienen en cuenta las características lingüístico-gramaticales de los adjetivos. Hay dos maneras de reducir este fenómeno. Una de ellas es disponer los adjetivos bipolarmente —en polos opuestos—, teniendo en cuenta las propiedades antes enunciadas para adjetivos *no marcados* y *marcados*. Esta es la solución adoptada en algunas listas (McGinnies, 1968; Von Zeersen y col., 1970). Otra solución es la de restringir el significado semántico y afectivo por efecto de las instrucciones asignadas a la tarea en la que los adjetivos estén incluidos. Así, la mayoría de las listas de adjetivos proponen al sujeto la tarea de referir los adjetivos a conceptos específicos, o al auto-concepto, emocional o no. La DACL-Estado, por ejemplo, lo restringe a «¿cómo se siente Vd. ahora, hoy?».

c) *La Distancia entre los adjetivos*: Tanto cuando se utilizan los adjetivos en un formato de presentación bipolar, como cuando se presentan aisladamente, es necesario precisar su distancia relativa. Si los adjetivos se presentan en pares de opuestos, ha de estimarse que la distancia entre los pares sea relativamente constante. Si se presentan aisladamente, hay que precisar la polaridad relativa que tiene el conjunto de los adjetivos presentados y su distribución, de acuerdo a las propiedades teóricas que se pretenda cumpla la lista. Estos aspectos han sido escasamente investigados hasta el presente en la lengua castellana, sin que se pueda contar con datos fiables al respecto. Se hace, pues, necesaria potenciar la investigación en este terreno.

Correlatos psicofisiológicos en el procesamiento de adjetivos

En los últimos años ha destacado el interés por la investigación de los correlatos psicofisiológicos en los distintos componentes del Procesamiento de la Información, especialmente mediante la utilización de técnicas de análisis multivariado aplicado al estudio de los potenciales evocados.

Nos vamos a detener brevemente en dos trabajos que evidencian procesos lingüísticos específicos mediante el estudio de las diferencias en potenciales

evocados: los de Molfese (1985) y Vaughan y colaboradores (1982).

Molfese (1985) ha estudiado las características diferenciales de las Respuestas Auditivas Evocadas (AER) con adjetivos dimensionales y adverbios «marcados» y «no marcados», obteniendo resultados que son consistentes con la hipótesis de las características semánticas positivas y negativas. La Respuesta Auditiva Evocada se refiere a una parte de la actividad EEG del cerebro, que puede ser elicitada en respuesta a estímulos auditivos específicos y discretos. Molfese, tras un complejo diseño, nos muestra que la tercera punta positiva de la AER (P300) es significativa para diferenciar entre las características semánticas positiva y negativa, en ambos hemisferios, regiones parietales y temporales. Este estudio nos indica, además, que los procedimientos AER pueden ser usados de manera efectiva para identificar la representación subyacente para las palabras y posiblemente para las frases. Molfese prueba también que estas diferencias electrofisiológicas no son debidas a distintas connotaciones de significado, ni tampoco por la diferente frecuencia de uso de las palabras «marcadas» y «no marcadas», ni por supuesto a diferencias individuales en tareas perceptivas o como resultado artefactual de los métodos estadísticos utilizados en el análisis.

Un estudio semejante había sido hecho anteriormente por Vaughan y colaboradores (1982), quienes obtuvieron pautas de respuestas corticales diferenciales evocadas ante sinónimos y antónimos, bifásicas, dentro del intervalo 250-260 mseg. después de la presentación del estímulo. Este trabajo, pese a su interés, no debe ser aceptado de forma concluyente, toda vez que la tarea de discriminación sinónimos/antónimos, es más compleja que la mera presencia de *características semánticas*, y no permite deducir conclusiones precisas respecto del procesamiento específico de palabras.

El desarrollo de nuevas investigaciones en esta dirección se evidencia tan necesario como prometedor, bien aportando confirmación a hipótesis psicolingüísticas, bien por su capacidad de generar nuevas hipótesis.

Conclusiones

Algunas de las principales consideraciones que se derivan de los modelos e investigaciones reseñadas, serán resumidas a continuación. Las tareas de evaluación psicológica tipo que utilizan adjetivos como principales estímulos están constituidas por una breve instrucción verbal referida a una serie de adjetivos que le son presentados al sujeto a continuación. El sujeto que realiza la tarea ha de manipular, valorar, sopesar y atribuir los adjetivos a un concepto o categoría previamente enunciada, con frecuencia a Sí mismo. Las diferentes propiedades conocidas de los adjetivos señalan límites estructurales a su capacidad o valor estimular. Nos hemos

referido en este trabajo, exclusivamente, a las propiedades esenciales de los adjetivos en cuanto tales (dimensión gramatical, estructura semántica, procesamiento de la información, correlatos psicofisiológicos) sin entrar en las propiedades derivadas de su funcionamiento y utilización en una lengua dada (p. ej., el castellano). En otros trabajos (véase, p. ej., Ávila y Castro [1987]; Ávila [en prensa]), hemos aportado algunos indicadores específicos de los niveles de lectura y comprensión, frecuencia de uso, similitud, distancia, dimensionalidad subyacente y estilos de respuesta ante tareas con adjetivos en lengua castellana.

Del examen del valor funcional de los adjetivos en la oración gramatical se deriva una evidencia: al redactar ítems para autoinformes han de tenerse en cuenta ciertas propiedades lingüístico-gramaticales del adjetivo. En particular, la función atributiva del adjetivo tiene suma relevancia para la apreciación de características estables en los sujetos. En base a ello, se produce la auto o hetero-atribución de «rasgos». Por ello, en la redacción de ítems de «rasgo» deberán utilizarse preferentemente adjetivos en función de predicado nominal. Sin embargo, en la redacción de ítems de «Estado» deberán utilizarse preferentemente adjetivos en función de predicado verbal o de complemento. En la redacción de ítems para la descripción de «rasgos» en la conducta interpersonal deberán colocarse los adjetivos en función de predicado verbal o de complemento. En la redacción a continuación del sustantivo, para enfatizar el carácter objetivo de la descripción. Esta función ha de ser tenida en cuenta igualmente en la articulación de la frase o frases de instrucciones de las listas de adjetivos y los adjetivos/estímulo que las forman.

Las investigaciones psicolingüísticas, en especial las realizadas desde la Semántica, nos han señalado la importancia de investigar las propiedades específicas del procesamiento de frases tales como: «Ahora [Hoy] me siento [Triste]». «En general [habitualmente] me siento [Triste]», tanto con adjetivos «marcados» como con «no marcados». Y en especial la asociación entre el pronombre «Yo» (Me) y los adjetivos que denotan emociones. ¿En qué casos se facilita y en cuáles se dificulta la auto-atribución (y hetero-atribución) de los estados/rasgos emocionales? De estas investigaciones se desprende la importancia de que con los adjetivos que se utilicen en tareas de auto y hetero-descripción de «estados» y «rasgos» se proceda a establecer: a) la identificación de cuáles son los pares de adjetivos que funcionan como «marcado»/«no marcado»; b) la identificación de los adjetivos «marcados» que no se ajusten a un modelo dimensional, y c) la estabilidad del campo semántico de los adjetivos en los diferentes contextos.

La investigación de los correlativos psicofisiológicos del procesamiento de adjetivos puede ser una de las vías más prometedoras para confirmar o refutar tanto hipótesis psicolingüísticas como para identificar los estímulos atípicos.

La revisión efectuada de modelos psicolingüísticos y cognitivos nos sitúa frente a la distancia entre

modelos y realidad. Los modelos expuestos y sus controversias nos sirven como puntos de referencia a la hora de explicar ciertos efectos, pero en modo alguno podemos establecer un único modelo de base. Numerosos aspectos están todavía en discusión; entre ellos, la supuesta estabilidad en el tiempo de los «rasgos» o «atributos». Barsalou (1983) y Barsalou y Sewell (1984) han señalado la inestabilidad de los rasgos, en continuo dinamismo, dependiente en variables situacionales y subjetivas, lo que ha llevado a algunos autores de las teorías sobre prototipos de las categorías naturales a revisar su posición (Barsalou y Medin, 1986). ¿Hasta qué punto afecta esta crítica específicamente al valor de los adjetivos como estímulos? Derivamos de ella la importancia que debe darse al contexto en la atribución de prototipos, resaltando la importancia de centrar investigaciones en los siguientes objetos:

a) La clase de influencias situacionales que alteran los prototipos, y en consecuencia la relación de los set instruccionales y los set de respuesta en tareas de adjetivos.

b) La estabilidad de las soluciones dimensionales que representan el espacio semántico y cognitivo de los adjetivos que describen categorías (p. ej., descripción de tipos intra e interpersonal) o atributos (p. ej., etiquetas verbales de la experiencia emocional).

Ejemplo de ello son Fehr y Russell (1984) que han aportado evidencias de que la prototipicidad de los conceptos de emoción no está puesta en cuestión por la borrosidad de los límites de las categorías. Los miembros periféricos de una categoría pertenecen inequívocamente al concepto. Fehr y Russell sugieren la importancia de aplicar el concepto de *scripts* (Abelson, 1981) como desarrollo de los prototipos a los sucesos emocionales, dado que rara vez —si alguna— las emociones se dan aisladas o en estado puro.

Nuestro interés por los adjetivos no debe interpretarse como una elección privilegiada de los estímulos más idóneos para tareas de evaluación de emociones y personalidad. Los conceptos (*sustantivos*), acciones (*verbos*) y modificaciones (p. ej., *adverbios*) son tanto o más relevantes, y más probablemente el mejor conocimiento de las propiedades de la articulación semántica y sintáctica de todos ellos. En este trabajo hemos procedido a revisar las propiedades de una clase particular de estímulos, en orden a conocer más sobre la validez teórica en la que puede reposar una generación de instrumentos de evaluación conocida como «Listas de adjetivos», cuyo origen no siempre tuvo el necesario soporte teórico. En el estado actual de casi todas las investigaciones psicológicas, emerge más claramente aquello que no puede ser explicado que lo que completa la formulación teórica. Conocemos, sin embargo, más sobre el valor de los adjetivos, situados en un contexto de modelos teóricos en constante revisión.

En una segunda parte de este trabajo (Ávila y Gi-

ménez, en prensa) se desarrollan las características metodológicas de los instrumentos de evaluación que utilizan básica o exclusivamente adjetivos como estímulo. Se consideran también sus principales aplicaciones en Psicología de la Emoción y Psicología de la Personalidad, y se esbozan propuestas metodológicas para la construcción de tareas de adjetivos *ex novo*.

Nota: Los autores expresan su agradecimiento a Herminia Peraíta Adrados y a Fernando Silva Moreno por sus valiosos comentarios sobre la primera versión de este trabajo.

Referencias

- Abelson, R. P. (1981). Psychological status of the script concept. *American Psychologist*, 36, 715-729.
- Amstrong, J. L.; Gleitman, L. R. y Gleitman, H. (1983). What some concepts might not be. *Cognition*, 13, 263-308.
- Ávila Espada, A. (en prensa). Revisión crítica de las Listas de Adjetivos para la Depresión (DACL) y de sus versiones castellanas. Remitido para publicación, junio 1989.
- Ávila Espada, A. y Castro Rivera, M. J. (1987). La organización conceptual de las emociones en la lengua castellana. Replicación del modelo *Circumplex* de James A. Russell. Ponencia presentada en el II Congreso de Evaluación Psicológica, Madrid, septiembre, 1987.
- Ávila Espada, A. y Giménez de la Peña, A. (en prensa). Los adjetivos en tareas de evaluación psicológica (II): Instrumentos y aplicaciones en Psicología de la Emoción y Personalidad. Remitido para publicación, enero 1990.
- Barsalou, L. W. (1983). Ad hoc categories. *Memory and Cognition*, 11, 211-227.
- Barsalou, L. W. y Medin, D. L. (1986). Concepts: Static Definitions or Context-Dependent Representations? *Chiers de Psychologie Cognitive*, 6, 187-202.
- Barsalou, L. W. y Sewell, D. R. (1984). *Constructing representations of categories from different points of view*. Emory Cognition Project, Report n.º2. Emory University.
- Belloch, A. y Mira, J. M. (1984). Categorización de Personas: Rasgos, Tipos, Prototipos y ... Personas? *Boletín de Psicología*, 4, 7-31.
- Berninger, V. W. y De Soto, C. (1985). Cognitive representation of personal stereotypes. *European Journal of Social Psychology*, 15, 189-211.
- Bierwisch, H. (1970). Semántica. En J. Lyons, *Nuevos Horizontes de la Lingüística*. Madrid: Alianza Universidad, 1975. Capítulo 8, pp. 175-194.
- Bierwisch, M. (1976). Sobre la clasificación de rasgos semánticos. En V. Sánchez de Zavala (Comp.), *Semántica y Sintaxis en la Lingüística Transformatoria*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 105-140.
- Buss, D. M. y Craik, K. H. (1981). The act frequency analysis of interpersonal dispositions: Aloofness, gregariousness, dominance and submissiveness. *Journal of Personality*, 49, 381-392.
- Cantor, N. y Mischel, W. (1979a). Prototypes in Person Perception. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, Vol. 12, New York: Academic Press, pp. 3-52.
- Cantor, N. y Mischel, W. (1979b). Prototypicality and Personality: Effects on free recall and personality impressions. *Journal of Research in Personality*, 13, 187-205.
- Cantor, N., Mischel, W. y Schwartz, J. C. (1982). A prototype analysis on psychological situations. *Cognitive Psychology*, 14, 55-77.
- Carey, S. (1978). The child as word learner. En M. Halle, J. Bresman y G. A. Miller (Eds.), *Linguistics Theory and Psychological Reality*, Cambridge, Mass.
- Carey, S. (1982). Semantic development. State of the art en Gleitman y Wanner, *Language Acquisition The State on the Art*. Hillsdale, New Jersey: LEA.
- Clark, E. V. (1973). What's in a word? On the child's acquisition of semantics in his first language. En T. E. Moore (Ed.), *Cognitive development and the acquisition of Language*. New York: Academic Press.
- Clark, H. H. (1969). Linguistic processes in deductive reasoning. *Psychological Review*, 76, 387-404.
- Clark, H. H. (1970a). The primitive nature of children's relational concepts. En J. R. Hayes (Ed.), *Cognition and the development of language*. New York: John Wiley and Sons.
- Clark, H. H. (1970b). Asociaciones de palabras y teoría lingüística. En J. Lyons (Ed.), *Nuevos horizontes de la Lingüística*. Madrid: Alianza Editorial, 1975, Capítulo 15: pp. 285-300.
- Clark, H. H. (1973). Semantics and Comprehension. En T. A. Sebeok (Ed.), *Current trends in linguistics*, Vol. 12: *Linguistic and adjacent arts and sciences*. La Haya: Mouton.
- Clark, H. H. y Clark, E. V. (1977). *Psychology and Language*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Corraliza Rodríguez, J. A. (1987). El estudio de las dimensiones afectivas del ambiente. En R. Fernández Ballesteros (Ed.), *El Ambiente: Análisis Psicológico*. Madrid: Pirámide, pp. 103-124.
- Dalhgren, K. (1985). The cognitive structure of social categories. *Cognitive Science*, 9, 379-398.
- Ericson, K. A. y Simon, H. A. (1980). Verbal report as data. *Psychological Review*, 87, 215-251.
- Farah, M. J. y Kosslyn, S. (1982). Concept development. *Advances in Child Development and Behaviour*. London: Academic Press, pp. 125-167.
- Fehr, B. y Russell, J. A. (1984). Concept of Emotion viewed from a prototype perspective. *Journal of Experimental Psychology: General*, 113, 464-486.
- Flores D'Arcais, G. B. y Schreuder, R. (1987). Semantic activation during object naming. En *Psychological Research*, 49, 153-159.
- Fodor, J. (1985). *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata.
- Forster, K. (1979). Accessing the mental lexicon. En Wales y L. Cooper (Eds.), *New Approaches to Language Mechanisms*. Amsterdam: North Holland.
- Foss, D. J. y Hakes, D. T. (1979). *Psycholinguistics. An Introduction to the Psychology of Language*. New Jersey: Prentice Hall.
- French, P. A. (1979). Linguistic Marking, strategy, and affect in sylogistic reasoning. *Journal of Psycholinguistic Research*, 8, 425-449.
- French, P. A. (1982). The comprehension of adjectives: Formal and empirical codings. En R. N. Sinclair y W. V. Rafter-Engel, *Language and cognitive styles*, Swets and Zeitlinger, pp. 222-233.
- Glass, A. L. y Holyoak, K. J. (1975). Alternative conceptions of semantic theory. *Cognition*, 3, 313-339.
- Greenberg, J. H. (1966). *Language Universal*. La Haya: Mouton.
- Gurjanov, M., Lukatela, G., Moskovljevic, J. y Turvey, M. T. (1985). Grammatical priming of inflected nouns by inflected adjectives. *Cognition*, 19, 55-71.
- Halpin, J. A., Puff, C. R., Mason, H. F. y Marston, S. P. (1984). Self-reference encoding and incidental recall by children. *Bulletin of the Psychonomic Society*, 22, 87-89.
- Hampson, S. (1982). Person memory. A semantic category

- model of personality traits. *British Journal of Psychology*, 73, 1-11.
- Hampson, S. (1985). Los enfoques de categorización semántica de la personalidad. *Boletín de Psicología*, 9, 7-27.
- Hampson, S. E., John, O. P. y Goldberg, L. R. (1986). Category Breadth and Hierarchical Structure in Personality; Studies of Asymmetries in Judgments of Trait Implications. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 37-54.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental Models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Katz, J. y Fodor, J. (1963). The structure of a semantic theory. *Language*, 39, 170-210.
- Katz, J. y Postal, P. (1964). An Integrated Theory of Linguistic Descriptions. *Research Monographs*, 26. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Lakoff, G. (1973). Hedges: A study in meaning criteria and the logic of fuzzy concepts. *Journal of Philosophical Logic*, 2, 458-508.
- Leech, G. (1974). *Semantics*. Baltimore: Penguin Books.
- Lubin, B. (1967), (1981 ed. rev). Manual for the Depression Adjective Check Lists. San Diego: CA. Educational and Industrial Testing Services.
- Mait, B. C. y Smith, E. E. (1984). Correlated properties in natural categories. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 23, 250-269.
- Marslen-Wilson, W. y Tyler, L. K. (1980). The temporal structure of spoken language understanding. *Cognition*, 8, 1-72.
- McGinnies, E. (1968). Studies in Persuasion: V. Perception of a Speaker as Related to Communication Content. *Journal of Social Psychology*, 75, 21-33.
- McNamara, T. P. y Sternberg, R. J. (1983). Mental Models of a Speaker as Related to Communication Content. *Journal of Social Psychology*, 75, 21-33.
- Medin, D. L. y Smith, E. E. (1984). Concepts and concept formation. *Annual Review of Psychology*, 35, 113-138.
- Mervis, C. B. y Rosch, E. (1981). Categorization of Natural Objects. *Annual Review of Psychology*, 32, 89-115.
- Miller, G. y Johnson-Laird, P. N. (1976). *Language and Perception*. Cambridge Mass. Press, pp. 212-321.
- Molfese, D. L. (1985). Electrophysiological Correlates of Semantic Features. *Journal of Psycholinguistic Research*, 14, 289-299.
- Nelson, K. (1974). Concept, word and sentence interrelation in acquisition and development. *Psychological Review*, 81, 267-285.
- Nelson, K. (1976). Some attributes of adjectives used by young children. *Cognition*, 4, 13-20.
- Niedenthal, P. M., Cantor, N. y Kihlstrom, J. F. (1985). Prototype matching: A study for social decision making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 575-584.
- Noseworthy, C. M. y Lott, A. J. (1984). The Cognitive Organization of Gender-Stereotypic Categories. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 474-481.
- Osgood, C. E., May, W. H. y Miron, M. S. (1975). *Cross-cultural universals of affective meaning*. Urbana: University of Illinois Press.
- Pascual, J. (1984). Categorización de la Información Personal. Los Rasgos como Categorías Semánticas. *Boletín de Psicología*, 4, 33-49.
- Peraita Adrados, H. (1983). Adquisición de adjetivos dimensionales. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 38, 411-428.
- Peraita Adrados, H. (1985). Representación de categorías sociales, roles o profesiones en una muestra de sujetos adultos de un medio rural. *Informe de Psicología*, 4, 73-84.
- Posner, M. I. y Snyder, C. R. (1975). Attention and cognitive control. En R. L. Solso (Ed.), *Information processing and cognition: The Loyola Symposium*. Hillsdale: Erlbaum, pp. 55-85.
- Rey, G. (1983). Concepts and stereotypes. *Cognition*, 15, 237-262.
- Rey, G. (1985). Concepts and conceptions: A replu to Smith, Medin and Rips. *Cognition*, 20.
- Riviere, A. (1984). Modelos de Representación en el razonamiento sobre series. En M. Carretro, y J. García Madruga (Comp.), *Lecturas de Psicología del Pensamiento*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 59-84.
- Rosch, E. (1975). Cognitive representations of semantic categories. *Journal of Experimental Psychology: General*, 104, 192-233.
- Rosch, E. (1977). Human Categorization. En N. Warren (Ed.), *Advances in Cross-Cultural Psychology*. London: Academic press.
- Rosch, E. (1978). Principles of Categorization. En E. Rosch y B. Lloyd (Eds.), *Cognition and Categorization*. Hillsdale, New Jersey: LEA.
- Rosch, E., Mervis, C. B., Gray, W. D., Johnson, D. M. y Boyes-Braem, P. (1976). Basic Objects in Natural Categories. *Cognitive Psychology*, 8, 382-439.
- Semin, G. R. y Chassein, J. (1985). The relationship between higher order models and everyday conceptions of personality. *European Journal of Social Psychology*, 15, 1-15.
- Smith, E. y Medin, D. (1981). *Categorías and concepts*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Smith, E., Medin, D. y Rips, L. (1984). A psychological approach to concepts: Comments on Rey's Concepts and Stereotypes. *Cognition*, 17, 265-274.
- Sobin, N. J. (1984). On code switching inside N. P. *Applied Psycholinguistics*, 5, 293-303.
- Soto, P. (1981). *Adquisición de términos y formación de conceptos. Un estudio evolutivo*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Swinney, D. y Hakes, D. (1976). Effects of Prior Context upon Lexical Access during Sentence Comprehension. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 15, 681-689.
- Thorndike, E. L. y Lorge, I. (1944). *The teachers work book of 30.000 words*. New York: McGraw Hill.
- Vaughan, J., Sheriff, K., O'Sullivan, R. L., Herrmann, D. J. y Weldon, D. A. (1982). Cortical evoked responses to synonyms and antonyms. *Memory and Cognition*, 10, 225-231.
- Von Zerssen, D., Koeller, D. M. y Rey, E. R. (1970). Die Befindlichkeits-Skala (B-S), ein einfaches instrument zur Objektivierung von Befindlichkeitsstörungen, insbesondere in Rahmen von Längsschnitt-untersuchungen. *Arzneimittel-Forsch.*, 20, 915-918.
- Wyer, R. S. y Martin, L. L. (1986). Person memory: The role of traits, group stereotypes, and specific behaviors in the cognitive representation of persons. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 661-675.